

# La puerta cerrada

Asensio Sáez

DE pronto, el destino devolvía al hombre a la remota infancia, colocándole frente a la puerta vedada, cerrada siempre a cal y canto. Aquella era la puerta de todos los noes y todos los nuncas. «Jamás intentes abrir la puerta de este cuarto, ¿me oyes? No, no me oyes. Tú sólo oyes lo que te conviene, que te conozco bien. Digo que nunca, lo que se dice nunca, debes pisar esta habitación». Todavía en la memoria del corazón, la drástica advertencia en la voz de la madre, pequeña, dulce, hecha como de sombra y umbría. También los ecos de las palabras gastadas, gangosas inflexiones de disco de pizarra, de las tías, con sus bocas repintadas en un rojo Penagos, ojos parados de maniquí, muñeconas de pálida cera todas ellas. «No abras nunca la puerta, cariño». «No». «¿Lo prometes?». «Lo prometo».

Acariciar ahora, pasados tantos años, las viejas maderas de esa puerta, acaso la más pequeña e inadvertida de la casona; detener un instante el tacto sobre uno de sus múltiples nudos acaramelados, ¿no era recuperar parte de aquel niño perdido que cada mañana enderezaba sus pasos hacia el colegio de frailes de hábito color chocolate, rapada testa y capuchón a las espaldas, como preparado siempre para resguardarse de una lluvia que jamás llegaba? «Padre, me acuso de haber intentado abrir la puerta secreta». «Tú siempre con el mismo estribillo. El mismo tole-tole siempre, vaya por Dios». Ahora, desligado el hombre de todas las prohibiciones, ya apagadas para siempre las voces familiares de todos los ordeno y mando, de todas las intimidaciones, dueño hoy de la vetusta casona de techos veteados por el zumo de viejas lluvias acumuladas, poblada por robustos muebles, como de tienda de anticuario, y caudalosos cortinajes de colores en parte devorados por el tiempo, el hombre fue recorriendo, en sentimental peregrinación, todas y cada una de sus estancias, en cuyo aire

detenido, aire de urna, se diluía el jarabe de una dulzona nostalgia que, de algún modo, le devolvía a sus juegos de niño, mecanos y arquitecturas, colecciones de cromos de chocolate, cuentos ilustrados por Bartolozzi y Serny; también a sus largas horas frente a sus libros de texto, nunca del todo entendidos, bajo la lámpara de tulipa verde tiñendo el cuarto de estar en un foscor acuoso, submarino, mientras en el tambor de la cristalera redoblaba la voz del viento. ¿Viento dijo? Ululando lo recordaba, silbando pasillos adelante, hasta introducirse como una lengua sonora por debajo de las puertas. Vísperas de bravas ventoleras, de vientos desatados y turbadores, la madre, tan delicada siempre, tan poquita cosa que si se decidía a salir a la calle en días de viento el abuelo, por mera broma, claro, le aconsejaba meterse un par de pisapapeles en los bolsillos; la madre, decía, al alcanzar la luz coloreada del atardecer bañando el cielo en rosas y naranjas, profetizaba indefectiblemente: «Mañana, viento seguro». Y enseguida, los niños de casa —¡más risa!— habían de recordar la cómica aventura de aquella María Sarmiento, arrebatada, como Elías en su carro de fuego, a lomos del viento, el día en que se decidió por hacer pis al aire libre. Pero pronto había de ser cortada la chanza porque llegaba la infausta nueva de que un primo acababa de pasar a mejor vida, y había de ser preparada la capilla ardiente, decorada con ramos de azucenas de trapo, estrellas de papel de estaño y palomas de cartón; o porque el padre se había sumido inesperadamente en una de aquellas graves y misteriosas enfermedades resueltas en médicos por los pasillos de la casa, doradas tisanas humeantes y rogativas frente al altarillo neogótico de la Soledad, pintado en infame purpurina; o acaso, finalmente, porque una de las tías, la mayor, la del sombrero de negro plumaje y una piel envolviéndole la garganta como una culebra, se había fugado no recordaba si con un viajante de

tejidos y confecciones o un pianista del Gran Café-Bar. Y siempre, abriéndose paso entre el suceso o drama, crecía una voz sibilina, odiosa, mojada en tinta negra, que aseguraba formalmente: «El niño ha intentado abrir la puerta de la habitación prohibida».

Precisamente, entre todos los recuerdos de la niñez, le sobrenadaba al hombre éste de la puerta prohibida, ahora a su entera merced, ya todas las llaves de las habitaciones a su disposición, único habitante, amo y señorón de la casona, él que siempre había asumido su condición de siervo más o menos sumiso de todos los preceptos, receptor de todas las órdenes, de todas las prohibiciones. Al cabo de los años —¡tantos!—, el hombre regresaba a la casona, silenciosa ahora, solitaria, ya solo también él, sin ataduras familiares, sin leyes a que someterse, sin vetos que acatar, sólo entroncado a aquella ácida sensación de melancolía centrada por el recuerdo de un niño que un día aspiró apasionadamente a ser el hombre que luego no había sido.

Llavero en mano, frente a la puerta vedada, recordaba inesperadamente un cuento de la infancia, aquel en el que alguien se determina a quebrantar la prohibición de abrir una puerta para toparse con el horror de la macabra viñeta que almacena los cadáveres de las que un día fueran esposas de Barba Azul, despedazadas con destino a no se sabía qué siniestras gastronomías, rebozadas en sus propias mantecas. ¿Cuántas esposas descuartizadas? No lo recordaba bien el hombre. Sí hacía memoria con claridad meridiana que en los avatares de la vida, cuando, lejos ya muchos años de la infancia, la casona suponía en su existencia apenas una leve memoria en sepia, sí que había siempre una puerta cerrada, estampada en el recuerdo. En más de una ocasión, había despertado sobresaltado, quebrado el sueño de la madrugada por mortales angustias, aprisionada su respiración por las lianas de una pesadilla en la que contaba siempre

una puerta cerrada. Frente a esa puerta, precisamente cuando disponía de absoluta libertad para abrirla, reflexionaba ahora el hombre sobre la conveniencia de retrasar su deseo de penetrar en el cuarto prohibido, porque había recordado de pronto una inquietante afirmación cazada hacía muchos años a la prosa de Azorín, a la sazón relegada incluso por los que un día resultaron sus más fervorosos admiradores: «Sabed que hay un instante en nuestra vida, un instante único, supremo, en que detrás de una puerta que vamos a abrir está nuestra felicidad o nuestro infortunio». Como ya había introducido la llave en la cerradura, inmovilizó su mano, asida a

aquella, deteniendo la acción. ¿Y si decidiera de una vez para siempre no abrir la puerta del cuarto prohibido? Cerrada definitivamente entonces, sumida en su total hermetismo de siempre, negada a todo lenguaje clarificador, la puerta continuaría siendo para el hombre, a través de los años que después vendrían, no muchos ya, lo más probable, el símbolo más significativo de todos sus logros y frustraciones, de todos sus desasimientos y apetencias; determinación que de alguna manera podría evitarle a él, tan vulnerable a las trastadas de su destino, nuevos y mayores riesgos. Por el contrario, si se decidía a abrir la puerta, ¿qué inéditas claves, qué

misteriosas cifras personales habría de afrontar? Finalmente, asida aún la mano a la llave, le había asaltado la duda de si gran número de los hechos que componían su desafortunada existencia no habrían dependido en parte de aquella puerta cerrada. Preguntándose todavía, caía en la cuenta de la inutilidad de toda reflexión. Súbitamente, aún a caballo entre el sí y el no, entre el quiero y no quiero, en un nervioso movimiento mecánico, no del todo consentido, el hombre había hecho girar la llave dentro de la cerradura. Por vez primera, el hombre alcanzaba a contemplar la puerta abierta.

# Alabanza al hombre

Giovanni Pico Della Mirandola

*LAS palabras que siguen, y que podrían servir como lema para toda la época, pertenecen a la Oratio de hominis dignitate de Giovanni Pico della Mirandola, al que conocemos como Pico de la Mirandola. Son las mismas que él mismo se proponía pronunciar en Roma ante los doctos de Italia y de Europa allí congregados, a sus expensas, para discutir con él sobre novecientos argumentos en torno a todas las ramas de lo cognoscible. Alcanzado por la condena pontificia lanzada por Inocencio VIII, debió no obstante alejarse precipitadamente de Roma hacia finales de 1487.*

ESTABLECIÓ finalmente el Optimo Artífice que, a quien no le podía dar nada como propio, le fuese común todo aquello que había asignado de manera singular a los demás. Por eso escogió al hombre como obra de naturaleza indefinida y, poniéndolo en el corazón del mundo, le habló así:

«No te he dado, Adán, ni un puesto determinado, ni un aspecto tuyo propio, ni prerrogativa alguna para que el lugar, el aspecto, las prerrogativas que tú desees, todo eso precisamente, según tu deseo y tu consejo, lo obtengas y lo conserves. La naturaleza determinada de los demás está conte-

nida en las leyes prescritas por mí. Tú, en cambio te la determinarás, sin ninguna barrera que te constriña, según tu arbitrio, a cuya potestad te entregué. Te puse en medio del mundo para que desde ahí discernieras todo lo que está en él. No te hice ni celestial ni terrenal, ni mortal ni inmortal, para que tú mismo, casi libre y soberano artífice, te plasmases y te esculpases a ti mismo según la forma que hubieses elegido previamente. Podrás degenerar en las cosas inferiores, que son los animales; podrás regenerarte, según tu voluntad, en las cosas superiores, que son divinas».

¡Oh suprema liberalidad de Dios Padre! ¡Oh suprema y admirable felicidad del hombre! A él se le ha concedido obtener lo que desea, ser lo que quiere. Los brutos, al nacer, llevan consigo, como dice Lucilio, del seno materno, todo lo que tendrán. Los espíritus superiores, ya desde el inicio o desde muy poco después, fueron lo que serán por los siglos de los siglos. En el hombre naciente, el padre coloca semillas de todas las especies y gérmenes de toda vida. Y, según como cada cual las cultive, crecerán y darán en él sus frutos.

Apud. Eugenio GARIN, *El Renacimiento italiano*. Ed. Ariel, Barcelona 1986.